

Psicosis

Mario Ortiz Villanueva

PSICOSIS



Autor:

Mario Alberto Ortiz Villanueva
(Doc.Mundus).

Capítulo 1

Dios toca a la puerta

Alguien toca a la puerta.

Pretendo no escucharlo, sin embargo,
la desesperación de sus golpeteos
ensordece al silencio.

Alguien toca a la puerta.

Me miento ante el consuelo
de saber que pronto
se habrá de marchar,
mas, conozco lo insistente que es.

Alguien toca a la puerta.

Finjo desconocerlo,
mas mi memoria me traiciona.

No se habrá de marchar,
no reconoce la imprudencia de la persistencia,
ni el honor del cansancio.

¿Por qué no desiste?,
¿qué es lo que desea?,
¿qué es lo que pretende?

¿Es acaso que quiere ofrecer disculpas?

Es innecesario, el perdón no engendra
el retorno, el dolor no desaparece;
la indiferencia es la mejor apología.

¿Será acaso que desea abrigo
ante el inminente frío?

Pues, la humedad de mi vacío
es más gélido,
sus penumbras no abrazan.

Alguien toca a la puerta.

¿Por qué tanto interés en mí?

¿Es acaso que no se percata
que su tiempo está perdiendo?

En mí no hallará nada,

todo se ha ido.

Será mejor busque

consuelo en otra parte.

Alguien toca a la puerta,

mientras su voz exclama:

Vengo a ayudarte.

Entre lágrimas y sollozos,

le respondí:

Si en realidad deseas ayudar,

hace tiempo te habrías marchado.

Existen quienes en realidad sufren,

no pierdas tu tiempo,

apresúrate a consolarlos.

Dios tocó a la puerta y lo dejó afuera.

Capítulo 2

Te negarán

Sé, que llegado el momento en que mis palabras grises sean sepultadas por la libertad del silencio; en que el tiempo compasivo se apiade y dé abrigo, hogar, sentido a mis tinieblas; en que las miradas aprecien el fulgor póstumo de la vida; te habrán de negar. Negarán tu existencia, te atribuirán, reconocerán, como un desquicio de mis demencias; un delirio, estímulo ante mi abominable soledad; un fantasma de compasiones ante tantos suplicios; un sueño ante tantas tormentosas realidades.

Sé que te habrán de negar; concibiéndote como el arquetipo de mi sublime dicha, como el deseo perfecto al cual añoré durante todos mis días, como mis diálogos esperanzadores frente a la luna, mis conversaciones melancólicas con el ocaso, mis llantos ensordecedores ante el alba.

Sé, sin embargo, que habrá para quienes tú seas verdadera. No obstante, mis mayores remordimientos yacen en ellos; puesto que te confundirán con cualquier otra, te relacionarán, erróneamente, con un nombre falso; te aprisionarán en otra persona. Me desgarrará la culpabilidad a lo largo de la longeva, sórdida penumbra por el haberte aprisionado.

Sé que existirán quienes intenten buscarte, al igual que yo lo hice. No cesarán hasta encontrarte, saber tu nombre, ese que yo busqué en el silencio, el cual me condenó a callarlo, recitándolo sin cesar, quedando grabado en el poemario de mis pensamientos. Intentarán encontrarte, mas parecieras no existir, en las charlas no se evoca tu recuerdo; para quienes te conocieron, tan solo fuiste una más.

Sé que habrá quienes se pregunten si exististe, mas no tengo respuesta, ya que siempre me lo he preguntado. Me he dirigido a ti de manera devota, religiosa; ofreciéndote mis palabras, pensamientos, plegarias, deseos; sin embargo me he resignado a jamás conseguir respuesta alguna, a vivir sin esperanzas. Te he visto en más de un par de ocasiones, no obstante, los ojos suelen mentir por amor.

Sé que llegará pronto el alba a preguntarme si en realidad existes, y al igual que todos... te negaré.

Capítulo 3

Las alegrías que no pude dar

He de ofrecer una disculpa a mis queridos, por todas aquellas alegrías que no fui capaz de brindar; por todos aquellos momentos dichosos que se evaporaron con la llama de la desgracia; por aquellos deseos que se disolvieron y dejaron, en pos, tan sólo el dolor del arretrato, de la ausencia; por aquella placentera vida que ahuyenté con mi llegada.

He de ofrecer una disculpa, por todas las tristezas y angustias que procreé; por hacer del futuro una pesadilla y del presente una tortura; por condenar, en lugar de dar libertad; por matar, en lugar de dar vida; por ausentarme aun sabiendo que soy un todo; por desilusionar aun ante la desesperanza; por ser tan solo un dañino pasatiempo; por malgastar el tiempo que no me pertenece.

He de ofrecer una disculpa a mis queridos, por las alegrías que no pude dar y las desdichas que pude engendrar; por tener la osadía de haber nacido, y ser tan cobarde para nunca a vivir haberme atrevido; por no poseer el valor de disculparme y escabullirme en silencio.

Capítulo 4

Otra historia de amor.

El anhelo se vuelve realidad; el momento deseado florece; mi existencia perdida se presenta ante mi mirar; el retorno ha sido asesinado, nunca ha existido otro sendero, el camino siempre ha sido recto, una mirada firme ante el cegador ocaso.

El momento ha llegado, no existe duda alguna. Su recuerdo es ahora presencia; mas, aún se mantiene tan lejana. Su mirada aún posee tristeza; sus pupilas conservan aún mentiras; su cabello continúa protegiendo la noche detrás del día. Sus encantos relucen pese a la penumbra del silencioso cielo. Los trazos tenues que la revisten se pierden ante las lágrimas gélidas del inconsolable mundo. Sus ojos siguen expidiendo llamaradas de infernal perfección; sus labios mantienen su fiel voto con el leal silencio, la luna parecer ser todavía su único confesor.

El presuroso tiempo se detiene ante su presencia; todo resulta ser igual, el hoy es un ayer. Sin embargo, ella no se percata de nada, se mantiene inmutable. Mis heridas son imperceptibles, vacuas, inexistentes, para ella; mi dolor es fútil, incompensable; mis lágrimas y sangrado son incomprensibles, innecesarios. Continúo siendo un fantasma prisionero del olvido, para sus fulgores.

La vida reclama su venganza, exige sangre; el sufrimiento implora ser apreciado. El asesino, cazador de almas, se aflige; los trofeos llamados muertes pierden importancia; el valor se esfuma, el miedo retoma el imperio. Empapado de lluvia carmesí, alentado por auto repudio, me veo ante ella, mas ahora comprendo que las esperanzas acostumbra a maquillarse para ser amadas. Las verdaderas heridas comienzan a abrirse. Mi cuerpo no responde a mis endebles decisiones; mis armas abrazan el suelo. Mi objetivo se matiza imposible, jamás seré capaz de firmar punto final a la tortura; soy incapaz de asesinarla; soy tan solo un prisionero más, su significado sublima mi existir. Mi empresa se desmorona; el fin es tan solo el inicio del eterno ciclo. Inerte, al igual que ella, e inerte, me encuentro ante ella, con el falso propósito de asesinarla, puesto que, mi vida siempre ha tendido de su voluntad.

Capítulo 5

Amor: tormenta de turbios pensamientos

Lotos de flores invernales, llenos de pureza, descienden del anochecido cielo, danzando la pieza de la tormenta de turbios sentimientos. El mísero, esclavo de sus virtudes, observa a través de una pañosa ventana el desfile; presagia su futuro en un pasado inexistente. Con gélido rencor, desafía a su Dios, cincelandos por medio de grafías, la vida que éste último por repudio no fue capaz de darle. Temerario y con desesperación sigilosa, furtiva, desea desprenderse de su esencia humana, esmerando terminar su condena; aprisionando sentimientos en la celda de sus tinieblas, asesinándolos con el despiadado silencio. Su verdadera sangre le acompaña, su ciervo leal se encarga de la obra llamada masacre. El frenesí les excita, comienzan a transfigurarse en bestias; el furor, fervor se evapora. Se pierden, entregan, al placer. Alguien abre la puerta y entra. Ella le mira con afabilidad: el mísero nunca ha sabido corresponder a esa mirada candorosa. Con desprecio fruto de su impotencia, evade la mirada, postrando sus fulgores en el comprensible suelo. Ella, inmutable y con naturaleza, se acerca a la ventana; el mísero le acompaña mirando sus pasos. Ella desprende el vapor de la ventana y le pregunta: ¿le escribes? El mísero, pasmado por la pregunta, observa su rostro y con velocidad de pestañeo, sus ojos abrazan de nuevo el suelo. Ella continua: Me gustaría que te contestara, pero creo mis plegarias aún no son escuchadas. Su voz dulce, heraldo de tranquilidad, titubeó ante sus últimas notas. Como punto final, le ofreció una sonrisa inefable, compasiva, que besa con tristeza, que implora alegría. Sin embargo, él no la apreció. Ella emprende su retorno sin demora. El mísero contempla su figura, la tristeza le invade, desea detenerla, mas su cuerpo le traiciona, siente que la vida se diluye nuevamente de sus manos, con rápida lentitud. Ella se marchó y en pos cierra la puerta. El, ahogado en sus penumbras, comienza su inconsolable y desolador llanto, comienza a danzar la tormenta de turbios sentimientos.

Capítulo 6

Duelo

El cielo presencia un mal presagio, toma distancia del tiempo, su futuro es presente; comienza a llorar por impotencia, el miedo le consume, pareciera estar a punto de desistir, se viste de tristeza.

Dos personas conciben un encuentro mutuo; la casualidad no fue la responsable de forjar su vínculo, tan solo fue la lealtad a un contrato de pasiones.

Él se mantiene inmutable, indiferente ante el porvenir; ella, por el contrario, muere bajo silencio; sus angustias, inseguridades, le perforan el espíritu; contiende una fútil batalla, pues el porfiar no le entregará los cálidos días que se esfumaron. Pese a ello, se obstina en el torturador intento de disimular; sin embargo, el extinguir los sentimientos nunca fue virtud suya. De nuevo sus ojos le traicionan, le delata su desconsoladora mirada, la pena que su existencia le condenó, el suplicio que le resulta insoportable ante su agonizante ser. Las lágrimas que abrazan con fuerza sus pupilas comienzan a desprenderse, dejando tras de sí el augurio de una miserable desgracia.

Ella decide no afrontarlo, evadiendo su mirada, postrando la suya en la abominable nada; sus ojos no le sirven más, dejaron hace tiempo de contemplar la existencia de su entorno, solo evocan paisajes de tierras indomables. Él se mantiene apreciándola, observando cada detalle que le reviste; sin embargo, el placer no le domina más, le contempla con la resignación de quien ha teñido su vida con sangre de esperanzas, como aquel que ha aprendido que la ausencia de dichas engendra alegrías, como quien ha aprendido a ser feliz en la desolación.

La distancia se acrecentó, el frío comienza a arder, él lo comprende, y le dirige sus palabras en vísperas al umbral de la última despedida:

-¡Bang, Bang!, te he disparado, estás a punto de morir, la muerte te regala el privilegio de hacer tres preguntas.

Sorprendida y poseída por repudio, desprecio y desesperación, emprende de nuevo su intento de control.

-¿Por qué lo hiciste?- su voz comienza a quebrantarse.

-Estaba confundido.- Con solemnidad espera la llegada de la siguiente.

-¿A qué te refieres?- su voz se convierte en heraldo de furia.

-No estaba seguro si te necesitaba en mi vida.

La tristeza le invade. Sus parpados ocultan sus ojos. Las lágrimas fluyen sin medida, con fuerza desmedida.

-¿Qué intentas decirme?- su voz, como suspiro de viento, calla eternamente.

-Estaba de ti enamorado.

El emprende su retorno, pierde sus pasos con la voz de las gotas desertadas del cielo. Ella, se rinde ante el mundo, el cielo acompaña su llanto. Ella no fue lo suficientemente rápida para disparar primero. Él se

ha condenado a la eterna compañía de su fantasma.
Una vez más, el despiadado amor reclama las vidas del pacto.

Capítulo 7

Conversación con un desconocido

Regresa aun después de todo, rindiendo tributo a sus costumbres; regresa aun habiendo jurado con sumo remordimiento, su eterna ausencia; regresa, guardando lealtad a su esencia; regresa, puesto que desconoce cualquier otro camino.

Sus visitas desconocen el tiempo; sin embargo, siempre trae consigo compañía. En ocasiones llega tras la despedida del sol, en otras, éste es quien le guía; resultan pocas las oportunidades en que el alba le toma de su brazo, considero su verdadera amante es la distante, vacía, fría luna.

Algunos afables días se encargan de desteñir el retrato de su recuerdo, en las ventanas empañadas de mis pensamientos; mas siempre me mantengo frente a éstas, en víspera de su llegada. Su presencia nunca me resulta sorpresa, dado que sé, tarde o temprano arribará.

Su camino es anunciado por la sonata de disconformes vientos, por suspiros gélidos que inertes dejan a los sentimientos, por neblinas que torturan impidiendo apreciar, confrontar, el sortilegio llamado porvenir.

Cuando los recuerdos decantan un mal presagio, mi espíritu emprende la vacua empresa de empoderarse con todo brío posible, siendo las pocas cenizas de éstas esfumadas tras escuchar las profundas, firmes, penetrantes notas de sus pasos.

En ocasiones me es grato contar con su compañía; en otras, me provoca un incontrolable hastío; en algunas la indiferencia posee mi espíritu; mas, resulta la tristeza ser siempre quien me gobierna.

Mientras más tiempo nos entrelaza, más desconocido me resulta. Al ser su ausencia quien me acompaña, concibo una vaga empatía, creyendo, absurdamente, comprenderlo un poco.

Su mirada triste ya no implora compasión, sino tan solo refleja un sentimiento longevo de rencor.

Mis pensamientos rezan siempre una letanía silenciosa de apología, al saber lo incompetente que soy, al siempre decepcionarlo.

Me avergüenzas- dijo.

Lo sé- respondió mi silencio.

Cuánto le avergonzaré por lo que hago, cuánto más por no ser lo suficientemente bueno como para siquiera hacerlo bien.

Capítulo 8

Cuentas marchitas

Las cuentas que cincelan el sendero de mis fútiles, adictivas, perniciosas plegarias, se marchitan al apreciar, la azul, desolada, alba del depresivo día. Los faros desisten, dejando, en pos de sí, el epitafio de una lasciva esperanza, cuyo recuerdo abraza la memoria por el amor que engendra el temor a olvidar, por la evasión del agonizante escozor del no apreciar la bondad, por la cobardía que concibe el perenne sentimiento de soledad.

Las cuentas se marchitan, las plegarias se tornan, ante cada decanto, más vacuas; sin embargo, mi devoción no se flagela aun en tiempos de porfiar. Continúo ofreciendo mis rezos a la afable luna, en vísperas de ascender al paraíso, mas ante cada letanía, mi ser se siente más desertado de la dicha.

Las cuentas se marchitan, confesando lo que calla el silencioso letargo de mis falsos días.

Las cuentas se marchitan, los vestigios de los heraldos aún no cicatrizan, mas el tiempo se compadeció de mí, recompensó mi suplicio, al decirme que los abismos cartografiados en el mohíno ser nunca reciben ofrendas.

Las cuentas se marchitan, mas mi empresa no cesa, la esperanza aún lastima, mantengo aún mi lúgubre, apesarada, austera condena, al igual que cualquier otro deleznable disoluto del rendir tributo a quimeras.

Capítulo 9

Besos de despedida

Son mis epístolas aún,
humildes golondrinas,
que anidan con esmero el deseo
de algún día
poderte llegar a encontrar.

Humildes golondrinas de color humo
que aún guardan luto
a una vida, vivida en un sueño,
a un recuerdo desteñido por tanto recordar.

Aves grises, ciegas, inocentes,
que se embellecen
con la falsa promesa,
de compasivas y mentirosas letras,
del haber nacido para amar.

Mensajeras suicidas,
que sin importar la fuerza de
la turbia tormenta,
pretenden arribar a la desconocida,
equivoca,
inexistente,
dirección de tu mirar.

Son mis epistolarios aún,
sentimientos tímidos, inseguros,
que siempre encuentran excusas
para sentirse mudos,
capaces de pronunciar
bajo silencio,
las palabras difíciles de hablar.

Siguen siendo mis epistolarios,
burdos intentos de enamorar
a una cantante de voz distante,
mas con una melodía difícil de olvidar.

Son mis epístolas,
besos de despedida
a una descolorida fotografía,

de una añorada dicha,
que siempre me ha de acompañar.

Capítulo 10

El infierno no es un lugar que los ángeles suelen frecuentar.

Acepté, por compasión,
por el hastío del vacío
de la ausencia del dolor,
la compasiva limosna,
la invitación de caridad,
al volver a soñar,
a vivir el ayer
y despedirme del hoy.

Acepté la voluntad del día,
pues en su figura
vi
un recuerdo incapaz de olvidar.
Su triste mirar
me volvió a enamorar,
apreciando de nuevo
el sol del
prometido abril otoñal.

Me dejé domar por sus encantos,

una vez más. Su silencio
decantaba pasajes paganos
de perdidas ilusiones.
Falsas pretensiones
de conquistar
un amor de nombre felicidad.

Acepté una hiriente bondad,
ya que me era necesario
un poco de polvo
para matizar mi gris realidad.

Acepté que las sombras hablaran,
que los fantasmas revivieran,
que el día llorara,
que las virtudes fueran lamentos,
que mis defectos me laceraran.

Acepté mi reflejo en el negro espejo,
conociendo mi penitencia
por el desafiar la divina voluntad,
por escribir y añorar querer ser feliz.

Acepté que te negaras asistir
a la cita que la vida nos planeó;
acepté que no estuvieras allí,
después de todo,
el infierno no es un lugar
que los ángeles suelen frecuentar.

Capítulo 11

Un hombre llamado Muerte

Endebles susurros de una brisa cálida de gélido viento, me presentan a un viejo conocido extraño. Afables palabras de nostalgia en días de melancolía, fecundan nuestro encuentro. Un hombre cuya presencia no frecuento, mas entre ambos se mantiene vivo, un compasivo respeto.

Nuestras palabras traicionan nuestro mirar; en el abismo de la penumbra de sus ojos, puedo apreciar, las verdades que su voz silencia, las realidades que no han de demorar en suscitarse. Tengo plena consciencia, que en mis fatuos fulgores, se es libre de leer las agónicas preguntas que callan por el temor de conocer las respuestas.

Nuestras voces se dirigen, una a la otra, como dos neblinosos recuerdos que no se desean esfumar, mas nuestras miradas confiesan los secretos grabados en el papiro de la palabra del silencio.

No me lo dice y no se lo menciono, se compadece de mí, pues sabe me resta poco; yo me compadezco de el por saberlo todo.

Aún se mantiene entre ambos, el pacto de caballeros; sabiendo que habré de emprender el sendero cuando se consuman mis tormentos, puesto que, no habré de saber seguir sin ellos.

Capítulo 12

Sollozos que destruyen mundos

El teléfono llama; la mujer atiende su petición de compasión, deciden mantener una confesión, una conversación privada; mas, ella se encuentra sumisa ante el sermón del auricular; presa, destinada a ser la eterna escucha, sucumbe, desiste ante el silencio; propagando, en pos de sí, su mortalidad.

El abrumador, agobiante, canto de la nada, expande sus dominios, invadiendo, penetrando en mi recinto contiguo. En sus graves notas cabalgan los tormentos del endeble ser, los fantasmas de las desgracias, los recuerdos lascivos, hirientes, lacerantes, de desgracias que no han presenciado ningún alba ni ocaso, que desafían el paso de los días, que asesinan los relojes de la memoria. El ruido se magnifica, la voz de la muerte es más estridente; el santuario comienza a desmoronarse, enormes pilares renuncian a sus vidas, quebrantándose ante la resignación de la inquina, temeraria vida, dejando tan solo el vestigio del olvido que siempre fueron. El santuario se derrumba, polvo de ilusiones mal correspondidas, emprende su vuelo, con víspera de pronto perderse eternamente en compañía del viento. El ser se mantiene inerte, inerme, desprendido de sí mismo; desde su trono aprecia con falsa mirada como todo lo que había tardado toda una vida en construir, lo destruye sus más afables, queridos, suspiros.

Los oídos por amor dejan de escuchar; las voces deciden callar. El silencio demuestra, una vez más, que las palabras nacieron para él.

Creí haber estado preparado, haber aceptado que pronto llegara el momento.

El deseo es remordimiento, el sueño pesadilla.

La mujer solloza, mi mundo se derrumba.

Capítulo 13

Versos en público

Transitan, vagarosas personas por
los apesadumbrados,
indiferentes,
vacuos,
dédalos de un lugar efímero,
frecuentado,
poco apreciado,
desconocido,
un devaneo llamado momento
ante el escozor que engendra
la adusta cuita del vivir.

Deambulan como mohínas,
deleznables,
profanas,
abyectas palabras, disolutas
del porfiar, vanagloriarse
de un fútil significado,
valor,
que rinda tributo, honor,
a aquel inefable sentimiento
que les invocaron,
que les procrearon.

Divagan, silencios huérfanos,
de orígenes desteñidos,
de porvenires inexistentes,
en el relieve ocre de una lúgubre página musical,
tímida,
desolada,
destinada a callar.

Transitan, bardos de escozores, barahúndas,
decantando tormentosas desgracias.
Viajan, neblinas de ilusiones mal correspondidas.
Se esfuma el humo de un recuerdo,
ante cada suspiro de un melancólico olvido.

Capítulo 14

Soleil

See me, once again, looking for to be able for finding the repayment that can compensate my grief, the forgiveness that amends my regrets, the hope that consoles my tortures.

See me, once again, trying to talk with you, even knowing how distant, icy, absent, surly, arrogant that you are, wiping out my false dignity, diminishing my unreal pride, prostrating myself before you; broken, exhausted, unarmed, begging you, requesting you, giving my tormented, dying spirit to you, lacerated because of arduous, hurtful undertaking that aversion of the life demands; worn out, tired out, failed because of to go after adored dream, chimerical gift called joy. Once again, oppressed into my own shadows; shivering, grieved, within the horror of die soon, looking for, within desperation, the mystery, hidden brightness that you did not be able to procreate in me.

See me, once again, humiliated to your absence, offering you sincere apologies, trying within delicateness to embellish my spirit for your accept him. I'm sure about our relation is far away to be personal, but I ever felt the disdain that is give to the bastards, the eternal derisions that scare being, consuming him, reducing him to the abject ashes that the gentle breeze of hopeless sighs take them, the silence that does not allow bursting into in self-defense. Nevertheless, you are of that way with every body, the blind that watches everything, the deaf that listens everything, the mute that never stills.

See me, once again, like other one, talking with the nothing, waiting for an answer from the silence.

What strange the love is, that it can adore ghosts.

I have never been able to believe in him, but before the oppressive desolation, sometimes it is comforting to feel the soft and warm hug of the embers of a melancholic hope.

Héteme aquí, una vez más, buscando poder encontrar la redención que sea capaz de resarcir mis escozores, el perdón que enmiende mis pesares, la esperanza que consuele mis suplicios.

Héteme aquí, una vez más, tratando de entablar contacto contigo, aun sabiendo lo distante, gélido, ausente, austero, adusto y arrogante que eres, extinguendo mi falsa dignidad, esfumando mi inexistente orgullo, postrándome ante ti; quebrantado, exhausto, inerme, rogándote,

suplicándote, encomendando en tus brazos mi atormentado, agonizante espíritu, lacerado gravemente por la ardua, hiriente empresa que reclama la inquina vida; fatigado, hastiado, zozobrado de ir en pos del sueño adorado, el regalo quimérico llamado dicha. Una vez más, aherrojado en mi propia penumbra; tiritando, apesadumbrado, gemebundo, con la grima del pronto fenecer, buscando con desespero el arcano fulgor que no fuiste capaz de engendrar en mí.

Héteme aquí, prosternado ante tu ausencia, ofreciéndote sinceras venias, tratando con remilgo de embellecer mi espíritu a fin de que sea aceptado por ti. Estoy seguro respecto a que nuestra relación, lejos está de ser algo personal, mas siempre sentí el desprecio que le es dado a todo bastardo, los escarnios perennes que amedrantan al ser, consumiéndolo, reduciéndolo a las cenizas abyectas que el hálito de suspiros desesperanzadores se ha de llevar, el silencio que no permite prorrumpir en defensa propia. Sin embargo, con todos eres así, el ciego que todo ve, el sordo que todo escucha, el mudo que nunca calla.

Héteme aquí, al igual que cualquier otro, conversando con la nada, esperando respuestas del silencio.

Qué extraño es el amor, que es capaz de adorar fantasmas.

Nunca he sido capaz de creer en él, mas ante la abrumadora desolación, en ocasiones es confortable sentir el suave y cálido abrazo del rescoldo de una melancólica ilusión.

Capítulo 15

Recuerdos de un desconocido

Dímelo; sé que deseas hacerlo, has permanecido tanto tiempo en silencio; no, no te atormentes, no me tengas miedo, sé que necesitas confesarte, tan sólo deseo ayudarte. Sí, lo confieso, me resulta imposible mentirte, mas no me juzgues, puesto que yo al igual que tú, he sufrido. Créeme al decirte que lo lamento, mas solo trato de hacer lo necesario para seguir creyendo que algún día seré desterrado de este infierno. En verdad lo siento, siempre he sido un egoísta, engreído, mas mi único pecado ha sido querer ser amado, al igual que cualquiera. Qué tormentosa pena tiene el que sueña con vivir mientras vive, que nunca termina por despertar, que solo aprendió a llorar y nunca pudo reír.

Dímelo, te lo imploro, dime cómo era antes todo, no me condenes a morir sin recordarlo. Tú mueres por un par de oídos, yo toda una vida por tus susurros, he esperado. Que miseria la nuestra de habernos refugiado en el austero silencio. Poco sirvió el callar en espera de no lastimar. Poco sirve saber qué decir cuando se es imposible hablar, anhelar escuchar cuando el mundo es vacuo, distante, mudo.

Cuanto me hubiese encantado el haberlo escuchado todo de nuevo, tu sonrisa, tus ilusiones, tus cantos, tus sueños. Juro ofrendaría mi espíritu al longevo tormento, a cambio de poder recordar aquello que no fuimos capaces de apreciar, aquello que lejos se ha ido para jamás regresar. Algunos mencionan nunca fue nuestro, mas, en ocasiones, mis pensamientos pretenden brindarme consuelo, diciendo que el amor no conoce dueños; sin embargo, me ahogo en mi propio llanto de odio y remordimiento, si nunca fue mío, por qué me fue prestado, si lo fue, que deleznable descuidado soy, por el haberlo perdido.

Que ingenuos, despreciables, míseros somos. Me mantengo siempre en un amedrentador, fútil, porfiar, si fue mio habré de guardarlo con recelo, mas cómo fui capaz de olvidar el lugar.

Que atroz acto habré cometido para ser tan cruelmente castigado.

Era mío, y me fue arrebatado por un cínico y despiadado egoísta.

Me gustaría recordar todo antes de su partida, pues es allí en donde reside mi vida.

Capítulo 16

Miedo

Tengo miedo de dormir y no soñarte,
de perder la ilusión de algún día
poder encontrarte,
de verme ante la necesidad
de tener que olvidarte.

Temo por el que pronto llegue el día
en que visite el infierno
y que me sirva de compañía,
tan solo
la ausencia de tu recuerdo;
de que los sentimientos decidan callar,
de que lleguen a un convenio con el silencio,
cediendo,
alzando con victoria la bandera de una tregua,
resignándose a que todo perdido está,
que nada queda por hacer,
mas que brindar en un honor
de una melancólica felicidad.

El temor me domina
en cada ocasión en que la mezquina vida,
por amor, compasión, me abofetea.
Me agobia la pena que amenaza
con matar a mi escritura,
que siempre nació con la noble mentira
de rendir tributo, hacer un monumento,
a tu memoria.

Tengo miedo de no poder salir
de la habitación oscura
a la cual entré, en búsqueda
de tu sombra,
aun sabiendo que no te encontraría,
mas me reconfortaría el pensar
que allí te encontrabas;
más temo por no desear y saber que
pronto me he de ir.

Temo por el momento en que el altivo cielo
se olvide de los prisioneros del infierno;
de que desistan las plegarias

de exiliarme de mi condena.
Que el paraíso sea soberbio,
y prive de su reflejo
a su devoto espejo,
al no necesitar contemplar su hermosura
para apreciarla, conocerla.

Tengo miedo de ti, mi ángel exterminador;
de tu canto;
de que alguien más sea capaz de encontrar
en tu voz,
lo que yo descubrí en tu silencio.

Capítulo 17

Abismo

Mísera resulta la senda
de quien desafía la divina voluntad;
de quien se reconoce
en su desteñado retrato,
mas aprecia en su figura,
el agravio,
descaro,
que deshonra, insulta, profana,
la belleza de lo que pudo haber sido
una celestial postal.

Que atormentador resulta
la longeva senda
del eterno caminante,
de quien desea encontrarse,
sintiéndose perdido en todas partes;
de quien se cree fiel y devoto de sí mismo
mas ante el escozor de cada escarnio,
los suspiros
de su callado llanto,
le susurran el deber odiarse.

Tormentosa condena,
de quien no tiene porvenir;
suplicio inconsolable,
de quien sabe
su único destino es morir.
Aquel que para cada alba
es tan solo la cínica llamada
de una voz que calla,
y que no para de reír;
la ofensa de una despechada, deseada
y jamás olvidada amante,
que prolonga el dolor
de un perdido combate,
haciendo desgracia
de un mal llamado milagro,
existir.

Pena sin consuelo,
de quien tiene el guajiro deseo

de asesinar al tiempo.

Bastardo sin pena ni gloria,
quien sufre el rencor de un
padre incapaz de amar.

Mísero es el camino
de quien dirige sus pasos
en sentido contrario a lo añorado,
rumbo a lo prohibido;
de quien cuyo amor
conoce el verdadero significado
del sufrimiento,
decidiendo,
hundirse en su abismo.
Más mísero,
quien desea emprender el regreso,
quien quiere ser escuchado,
encontrar quien pueda resarcir su sufrir,
en tiempos donde sólo
se aprende a ser feliz.

Capítulo 18

Voz de difusos pensamientos

Si tan solo mis escritos
fueran reflejos de
mis tímidos,
lacerantes,
adictivos pensamientos,
encontraría el paraíso prometido
que guarda con recelo mi infierno.

Si tan solo la luna me traicionara,
quebrantando su voto,
divulgando, exclamando,
mis hirientes,
culposas confesiones,
mi penitencia no sería desgracia,
mis defectos serían virtudes,
mis fallos no fueran remordimientos.

Si tan solo pudiera verter,
los lagos de mis sueños;
si tuviera la gallardía
de recordar y contar
mis pesadillas,
el dormir no sería una epístola
que implorara compasión
por la visita de un ángel mal amado.

Si tan solo mis fantasmas
se apiadaran,
haciendo acto de presencia
en mis palabras,
mis delirios, mi desquicio
tendría
amor, cariño, consuelo.

Si tan solo
las sombras de mis tormentos
no fueran siluetas difusas,
la soledad no sería mi única compañía.

Si tan solo
no fuese yo mismo
sino cualquier otro,

encontraría
lo que con suma desesperación busco.

Capítulo 19

Psicosis

Se alza el humo de los penumbrosos muros de un arcano santuario, que imploran acariciar un falso cielo, siendo despreciado su esfuerzo, alejándose de él, su altivo anhelo.

Se hunde en las tinieblas el santuario que tuvo más fe; desterrado fue por su único pecado de devoción.

Se pierden sus plegarias, que en alguna ocasión se sintieron honradas por conversar con el paraíso; susurros ahora son, que opaca el silencio.

Se consume en el abismo el santuario que rinde eterno, leal tributo a una deidad. En su interior no reside más fulgor que la tenue, feble flama de su mediocridad.

No aprecies sus ojos, nunca en ellos podrás encontrar algo, su mirar postrado está en el olvido.

No escuches sus palabras, ellas tan sólo son el vacío de su ser.

No malgastes las tuyas en su nombre, lejos está de ti, nunca serán correspondidas.

No le odies, suficiente es su castigo.

No te enamores, corres peligro.

Él ha llegado a hacer y comprender lo que ningún otro: ha matado y muerto por amor.

Capítulo 20

Frente frío

Regresa la longeva noche; sin embargo, su oscuridad es más desolada, observa como el vacío de una pupila que desnuda toda esperanza.

El manto de penumbras, candoroso, afable, pretende brindar consuelo; abrazando al ser; acariciando sus heridas, con la cálida brisa de un gélido suspiro. Compartiendo, en silencio, un adictivo sufrimiento; profiriendo, entre susurros, plegarias que prometen el pronto arribo de lo deseado; que el tiempo se compadecerá y hará de la vida tan solo un mal recuerdo, que sólo el olvido recuerda.

Se aproxima; el paraíso es el reflejo distorsionado de un lago de ilusiones. Los plañideros, pavorosos sollozos del llanto de un feble viento, propalan la soterrada palabra del temor, nutriendo un tósigo amedrentador, hacinado por los escozores de austeros escarnios de una adusta, abyecta, perniciosa vida. Retrayendo al ser de su vehemente empresa de poder divisar el añorado ápice, morada de sus sueños; consumiendo su titilado rescoldo de mal correspondida esperanza; decantando presagios de verdades no aceptadas.

El lacerante devaneo concibe el pasaje de un hombre abrazado por el alud de sus lágrimas leales; yerto, tiritando por compasión.

Capítulo 21

Confesión a una ilusión

No me odies por lo mustia,
adusta, fría que resulta
mi vil cortesía.
No te menosprecies,
a mi silencio no malinterpretes;
no consideres
que poco grata me es tu compañía,
es tan solo que el hombre que de la vida porfía,
cansado está
de generar heridas,
siendo incapaz de curar las tuyas.

No te aflijas ni de tu nobleza te avergüences,
si mis palabras son tajantes y nada alegres,
comparadas con las tuyas;
es tan solo que el hombre que ha perdido todo,
cansado está de pedir deseos al mar;
percatándose,
lo inútiles que son las palabras
para hablar.

No me juzgues, matices,
de arrogante, altivo,
si a la cita de tu mirar no asisto,
si a tu interés no correspondo,
si a tu caridad maltrato,
si te decepciono;
es tan solo
que el hombre que por desgracia
al amor conoció,
prisionero de un ledo letargo quedó;
asesinando la vida.

No malgastes en mí, tu primavera,
ilusión querida;
tu inocencia bella
no florecerá en el invierno desolado
que por devoción al recuerdo de un sueño,
con recelo, en mi corazón guardo.

Capítulo 22

¿Por qué a ella?

Será mejor que reserves la modestia de una irónica cortesía, fétida del ardid halagüeño de falaz solaz, nutrido por un sueño huraño, jamás complacido, de sufrimiento ajeno.

No, no eleves tu orgullo victorioso a campos de orquídeas gloriosas ante el derrocamiento de un medroso, pusilánime, mohíno espíritu; de sobra sabes bien, mis palabras no tendrían tu destinatario, si no sirviesen de amparo de la cerril voz; cuyo silencio, siempre ha tenido la sempiterna devoción, de interceder por mí, ante ti; sabes que quien ha sido víctima de tus escarnios, no debe más lealtad que a la soledad.

Pese a ello, sea bien recibido el intento de avenir nuestros sórdidos silencios.

No pretendo obtener algo de ti, mas siempre se es necesario hablar al olvido y pensar que se es escuchado. Tú callas por no saber que responder, mi voz nunca desea ser resarcida.

Nunca he poseído gran certeza de cuándo han estado más cerca, los labios de la muerte, de esfumar mi inocencia; mas cuando, por devaneo, sentí la caricia de su pío y apasionante suspiro, no correspondí a su amor, no contemplé mi existencia; jamás a vivir he aprendido. Sin embargo, cuando los labios deseados no eran los míos, sino los suyos, aprecié el longevo letargo del mundo.

¿Por qué a ella?

Si su actuar, siempre ha sido guiado, por tu lacerante voluntad.

Si su único fin, siempre ha sido la caridad.

Si siempre ha tenido la célica bondad de ahogar sus lágrimas para evitar a otros lastimar.

Si es capaz de renunciar a sus pocos restos de dicha, si se le es ordenado.

Si por causa tuya todo lo ha perdido y, a pesar de ello, nunca te ha odiado.

Si los fantasmas de sus recuerdos le amedrentan, mas nunca en ti, pierde la esperanza.

Si vive presa de tu promesa de una vida nueva.

Si tu palabra opaca su voz.

Si solo ha sufrido por tu amilanado amor.

¿Por qué no le amas como se lo merece?

A quien engaño, nadie puede; al final, todo sólo es dengue.

Estas palabras son más mías que de su memoria.

Capítulo 23

A un ángel

Magno vacuo decoro posee el ángel
por recibir lisonja, honor, orgullo;
por el ser lo que es
y no por lo que desea;
por placer ordenes
y no por valía,
vigor, fervor, osadía;
por ser de la dicha desterrado,
y, pese a ello,
mantenerse obstinado
en su guajiro anhelo de exoneración,
perdón;
en infame llanto ahogado,
de ruines faltas,
injustos castigos,
culpas,
remordimientos,
de adusta compasión recibidos.

Altivo, fatuo amor posee el ángel,
por ser apreciado, respetado, reconocido,
en nombre de la benevolencia
de un quimérico milagro
y no por el dolor,
fruto de sus actos.

Incomprensible ángel,
longevo extranjero,
que por piedad, misericordia, se humaniza,
con desesperante necesidad
del fulgor de abrigo
ante el gélido vacío.

Mísero heraldo del silencioso sufrir,
mendigo de fútiles bondades,
que se disipan en
tu pronta ausencia;
portador de hirientes sentimientos
que se marchitan en pos de tu neblinoso recuerdo;
fuiste abandonado,
con el egoísmo de difundir
la palabra del divino castigo,
de exhibir la ira del rencor,

de mostrar lo inquina que es la vida,
de propagar el miedo ante el prorrumpir;
fuiste traicionado, lastimado
para sublimar a los demás,
para apreciar en tu sufrir
su alegría;
mas para tu mala fortuna,
ni siquiera ello fue logrado,
pues en un mundo hundido en penumbras,
ni siquiera el silencio se escucha.

Llora, mohíno ángel,
llora en compañía del mundo,
llora en soledad.

Capítulo 24

Confesión de amor

No aprecies el sepulcral silencio
que priva a indignas palabras
de su infame vos.

No siembres esperanzas
en la fatua promesa del confidente ser;
los cambios son injurias,
desprecios, inquinas,
al verdadero amor;
el reflejo es una figura
difícil de contemplar;
el yo es un término
imposible de comprender.

Pierde toda fe
del sueño heredado,
compartido,
bautizado porvenir;
es sencillo sumergirse en el abismo,
es hiriente anhelar salir.

Susurra plegarias en perdón de
las tinieblas,
el divino consuelo
de la añorada, célica dádiva,
es fútil prueba de fidelidad,
sin recompensa,
sin decoro,
sin honor.

No anides ilusiones
en infértiles palabras;
ruines, banales, despreciables,
son sus intenciones
de imitar emociones, sentimientos.

No ofrendes tu amor
a quien por cobardía,
sucumbe al silencio.

Capítulo 25

Ruleta de desdichas

Se diluyen los momentos
con las lágrimas del desprecio,
impotencia, desilusión;
por la traición
de una frívola, pusilánime memoria
que ante cada lamento
que manifiesta, emana, confiesa,
el susurro de la desolada luna;
asesina, tortura, mutila al recuerdo
haciendo de su retrato,
la neblinosa, desteñida,
panorámica del paraíso olvidado;
embalsamando con adicto dolor al ser;
arrobando, despojándole
de las pasiones que le justifican;
floreciendo narcóticos sueños
que le esfuman;
reduciendo su sufrir,
al polvo gris,
inservible, de azules esperanzas.

El vigor, fervor, ímpetu
se evapora,
el calor de necesidad de piedad,
abraza con misericordia,
quema;
las voluntades son sordas,
los pensamientos son ciegos,
las piedades callan,
el dolor fantasma reprime,
el pasado lacera,
el presente condena,
el ser no atiende a su propio auxilio
ni siquiera su voz recuerda.

El silencio de los cielos amedrenta,
el ser no es siquiera digno de
una respuesta,
que brinde sentido,
que mienta por cariño,
que le hunda,

que le eleve.

El amor enamora, mas no besa;
guajiro es acariciar los labios
que otorguen el eterno letargo.

Abril se despidió del invierno;
la Luna al Sol dio la extremaunción;
la soledad guarda fiel, leal luto a su amor,
el silencio a una voz.

Difícil es, que tu ausencia
sea mi eterna compañía;
mas cuando muera, le crearé
a tu imagen, a mi semejanza,
le dotaré de todo lo que no poseo
y que tanto anhelo.

Todo he perdido,
mas, pese a ello,
me mantengo empedernido,
en el juego de soledades;
apostando esperanzas,
ganando desdichas, pesares.

Capítulo 26

Despedida

A Andrea Morón

"Me mentí al pensar que buscaba un poema, cuando, en realidad, tan sólo iba tras de ti".

Miente el reloj al marcar horas desde el momento en que la realidad murió, bautizándose recuerdo, siendo sólo mohínos suspiros que lloran neblinas de melancolía, por la memoria de afables ayeres que partieron.

Miente la soledad por compasión hacia su amor; pretendiendo brindar consuelo, narrando la fábula de un desdichado forajido que todo había perdido, incluso así mismo; siendo guiado por el dolor, fruto de una lacerante aurora de un fatuo sueño; prometiéndole encontrar el cariño, calor, bondad, de un tímido, límpido, célico Abril escondido tras los brazos de un austero, mezquino, feral, lascivo Invierno. Vagando por los lúgubres dédalos de longevas vidas, por los ocres pasillos de adictas esperanzas.

Contemplé en la penumbra de tu pupila, el nacer de un añil, y el florecer de su azules pétalos; magna era su hermosura, que ni tus labios de candorosas intenciones, capaces de describirlo fueron. Pese a ello, en las postales que dedicaban tus palabras, se apreciaban los trazos suaves de una gentil lluvia otoñal, la alegría del llorar,

la noble elegía a un inefable sentimiento.
Anhelaba mi espíritu
resarcir con versos,
mas mi errante, huraño, deleznable silencio
guardó respeto a
tu confesión, testamento de sinceridad.
Mas, rezo por el que tu mirar
haya logrado lincear
lo que el mío propalaba,
las lágrimas furtivas
de mi silencio por retraerse
de proferir.

Raudo fue tu caminar hacia a mí.
Converso con el silencio
y nos preguntamos:
¿qué hubiese pasado
si no me hubieses encontrado?,
¿si el azar no nos hubiese reunido,
qué sería de ti,
de mí?

Gracias por todo- mencionaron tus labios,
mas no comprendí.

Capítulo 27

Desprecio

Pavoroso, desgarrador, tormentoso
es el acto del leal amor;
incomprensible, odiado, triste,
es discernir la voz
de las plegarias, de los agravios;
hiriente, adicto,
el apreciar el calor de las venias
sin sufrir por las ardientes compasiones;
amedrentador, lacerante,
el hablar sin exponerse,
sin lastimar.

El temor domina,
lágrimas de silencio brotan,
el recuerdo de un extraño reflejo
se disipa;
su mirar pertenece al universo,
a cualquier vida,
a excepción de la mía.
Su mirar lastima, condena, reprime, castiga;
misericordia, piedad,
exclama, pregonar, el mío,
mas sus pupilas no resarcen la limosna de caridad.
Su voz calla,
abruma, agobia, deprime.
-No es mía la culpa,
juro hice lo que pude;
deseé ser más,
anhelé al paraíso besar;
lo juro,
lo intenté mil veces,
mas el célico sueño no aprecia
al noble, mundano sufrir.-
La eterna penumbra de su vacío desnuda.
-Lo sé, lo lamento.
Indigno soy de todo lo que existe,
de lo imaginario,
de lo inconcebible,.
He perdido todo decoro
ante el benévolo derecho
de soñar, vivir, sufrir.
Sembré con devoción, ahínco, esmero,
que llegase pronto el momento

en que la eternidad me tomara
entre sus suaves brazos
y susurrara afables, placenteros consuelos;
que calmase todo llanto;
borrase todo mal recuerdo;
para disfrutar el bondadoso letargo.
Lo intenté, me esforcé
por ser igual a ellos,
ser su retrato,
su igual,
su similar,
recibir afecto;
mas ahora, incluso,
me veo ante el desprecio del olvido.
Lo intenté y lo seguiré haciendo
mientras los cortesanos suspiros
me lo permitan.
Mas no se me odie por desconocer el amar,
tan sólo, capaz fui
de interpretar el mundo
con los candorosos susurros de mi mirar.
No se me juzgue de cobarde ni gallardo,
tan sólo cumplo la condena
por el haber desafiado
al silencio de Dios
con el mío.

Comienza el diluvio.
Su figura se desvanece ante
una bruma de remordimientos.
Los sollozos le imploran que regrese.
Regresará, mas se desconoce el momento.

Capítulo 28

La soledad tiene tu voz

Pasado tanto tiempo
de percibir sus nobles susurros,
mas poco de apreciarlos,
saboreé en ellos
el encanto
de algo creído perdido, olvidado;
que fuese,
en su tiempo
y para siempre,
cercano y distante, lejano,
ardiente y helado,
temerario, benévolo, soberano,
propio y ajeno,
lindo y perverso.

De sus labios
degusté la no escuchada razón:
la soledad tiene tu voz;
tu ritmo,
tus suspiros,
tus pautas,
tu armoniosa,
embelesadora,
lasciva cadencia.
Tuyas son las palabras
que abrazan,
consuelan,
engañan,
que lastiman, hieren,
matan.

De su voz emanan
convalecientes esperanzas,
errabundas,
soñolientas,
necesitadas.

Tuya es su voz,
que calla,
que no escucha,
que no responde,
impía,
misericordiosa,

la devoción al loable desprecio
del mísero deleznable.

La soledad se enamoró de tu recuerdo,
la soledad tiene tu silencio.

Capítulo 29

Asesino anónimo

Contemplo la sempiterna,
poética fábula del silencio;
con la misma devoción,
ahínco,
cariño, de un ingenuo, noble infante,
embelesado, sorprendido;
necesitado,
humillado, desesperado,
como un mendigo de compasiones,
el onírico desilusionado.
escucho sus palabras con la compasión
de dos eternos desconocidos
que intentan reconocerse:
el que encuentra su voz en la nada,
el que descubre en la nada, sus palabras.

Escucho siempre la perenne, cíclica historia
de un hombre que desconocen su presencia,
dudan, niegan su existencia;
cuya ausencia es abrazada, amada, por sus queridos;
que se cree ser conocido.
Un hombre aislado, triste, huraño, desolado,
que mora en las más lejanas alturas;
cuya voz no es escuchada;
sepulcral de secretos, misterios, lamentos;
de palabras vacuas que niegan sus sentimientos,
que profana, misionando lecciones no aprendidas.
Un hombre despótico, feral, despiadado,
gentil, humilde, cortesano,
que consume fulgores, priva resplandores
con sus pensamientos;
por amor, tristeza, rencor, deseo, mandato, miedo.
Un hijo más, preso de la misma condena,
dueño de igual sufrir,
esclavo del inexorable suplicio,
un amante más.

Escucho sin cese, la historia lacerante;
mas nunca he comprendido su esencia.
Susurran los sollozos:
las lágrimas propias carecen de valor,
de dueño;
la vida no es reliquia de su portador,

sino de quienes le aprecian, le adoran.
La tristeza, el amor,
la vida y la muerte
siempre son un pacto de dos.

Capítulo 30

Los ángeles no sangran

Regresas,
como el deleznable recuerdo de
una ingenuidad disoluta del sufrir,
que figura su dicha en el dolor;
como la feral contrición
que florece con las caricias del
diluvio de una resignada, falaz miseria,
que se miente tras cada alba,
que encuentra su perdida verdad tras cada luna;
como el cumplimiento inconsciente
de una promesa desconocida;
como el inocente rencor impío;
como un balsámico sueño.

Regresaste,
sin conocer el lugar ni el día;
eclipsando de nuevo la vida.

Regresas,
tu trise mirar sigue sufriendo sin saberlo;
la aurora aún decora tu rostro;
el fulgor arrobado
aún permanece privado de libertad,
guardado con recelo,
mora ledo en el insondable vacío;
tus labios sepulcrales de palabras
aún protegen, cuidan tu voz tímida,
mas tu silencio continúa conversando,
invocando quimeras, fantasmas;
tu despótico cabello, aún miente con presunción;
el tenue vestigio de una incontable historia,
aún te define, aún canta, aún enamora.

Regresaste,
sin motivo alguno.
La nada permanecía embelesando tu mirar.
Preso me vi del temor,
contemplando los pasajes
de incontables desgracias,
por el descritas,
por el narradas.
El silencio de mi mirar se confesó ante el tuyo.
Las partituras de tus labios

dieron la extremaunción:
Los ángeles no sangran.
Mas mis profanos sollozos replicaron:
Si es así..., por qué siento desangrarme.

Pese a que el sueño concluyó,
nunca le figuré como una pesadilla.

Capítulo 31

Luto

Se marchan,
parten sin despedirse,
sin resarcir mi sufrir,
sin compensar,
sin consolar,
sin percibir el amor que les tengo,
pese a sus indiferencias,
sus desprecios,
su odio,
su tristeza.

Se marchan,
su caminar es sempiterno,
longevo su sendero,
fatuó su destino.

Se marchan,
dejando en pos de su ausencia,
mi desolado llanto
de miseria,
de impotencia.

La reprimida voz del sentimiento
crucifica con las culpas
de algo que ya no existe,
que nunca existió;
concibiendo los vestigios
de extraños.

Se marcharon,
nunca les confesé cuanto les amaba;
sólo me quedan las acartonadas,
ásperas, cenicientas epístolas,
misioneras de escozores;
con firme origen,
con desconocido destinatario;
repletas de fe,
forjadas con la convicción de que
en el paraje en que les brindarán asilo,
creerán la sinceridad de su palabra.
Se marchan,
es inevitable;
quizá mi amor no les es suficiente, digno;
y deciden buscar calor en otro sitio,

en un mundo tan frío.

Capítulo 32

Nafragio

Perdieron las palabras su ímpetu, su nobleza, sus ilusiones; marchitándose su endeble, titilante, inocente fulgor, ante la espera de algo desconocido, inexistente.

La vida reclama, exige atención, mas su acto es inocente, inconsciente, límpido; un amor verdadero, egoísta, que fecunda odio; un amor mal correspondido, al hundirse el velero de mi corazón en el insondable, hostil, célico océano de lacerantes sueños; viviendo a su lado, muriendo en sus brazos, abrazando su presencia, acariciando su ausencia, contemplando su embelesadora beldad, recordando sus encantadoras imperfecciones; concibiéndola, figurándola, tras cada asesinato, resurrección, más mundana, más irreal, más indiferente.

Oteando tu mirar, en búsqueda de un tímido, exiliado, mohíno resplandor, contemplo tu verdadera esencia, mi encadenada y mísera bestia. Te aprecio sin rencor, temor, cariño, aversión ni vergüenza, tan sólo con compasión. Deseamos tanto, bestia, deseamos ser todo y ante cada sueño encontramos la pesadilla, y ante cada realidad, una condena. Quizá nacimos ciegos y no nos percatamos que todo tuvimos, o quizá fuimos capaces lindear el que nada poseíamos. Nunca fuimos inocentes, jamás fuimos culpables; teníamos a Dios a merced, mas le destronamos para sublimar a nuestros queridos.

Una vez más, nos encontramos perdidos por renunciar en lo que creímos, sin saber ni importar el porqué.

Capítulo 33

Impostor

E intenté maquillar con pasteles palabras
el silencio familiar
de una voz mohína, huraña, desconocida;
mas el diccionario de mis días,
solo contenía susurros grises.

Y busqué con desespero, temor, zozobra,
en el desolado, viejo,
ceniciento álbum de mi vida
la postal de un amado paraíso;
mas solo tinieblas albergaban en él.

Y rogué, con devoción, dolor, tristeza,
las plegarias de fatuos versos
escritos con el humo de frívolas penas,
en compañía del compasivo anhelo;
a fin de que el preciado sueño
no se esfumara,
no llorara,
no muriera.

Y mentí por cobardía, piedad, soledad,
derramando lágrimas gélidas,
lamentando la ausencia
de un sentimiento
que jamás conocí.

Capítulo 34

Nacidos para la soledad

Abruma, descorazona,
el inconsolable llanto
de una quebrantada,
olvidada, despreciada promesa.

Resuena, atemoriza, seduce
el eco estridente
de una inexorable,
vieja, deleznable condena.

El impío oráculo
dicta una sentencia llamada porvenir.

El mirar se desnuda de las tinieblas,
aprende a contemplar con otros ojos.

Las voces comparten un sagrado voto,
mas los inocentes pensamientos
mantienen una furtiva,
límpida, candorosa confesión.

La ira es tristeza,
la tristeza una culpable alegría,
una oscura bruma
de falsos recuerdos
de irreconocibles sueños.

El yo fenece para reencarnar en él;
el vagabundo futuro
emprende errante retorno,
en vísperas de divisar
lo que perdió.

Llora una desolada promesa,
el espejo propala sus sollozos.
El abyecto corazón
ejerce traición,
recitando versos ajenos,
distantes,
incomprendidos.

Existen hombres que nacieron
para cortejar a la soledad.

Capítulo 35

Pocas palabras

Se distorsiona, pierde, huye su tono;
se esfuman, consumen sus palabras;
la voz se quebranta, teme, llora,
sus silenciosos sollozos se drenan,
coagulan, lastiman;
se derraman sus tristezas, sus suplicios,
sus penas,
una hemorragia de esperanzas muertas,
lágrimas desérticas.
La voz titubea, tiembla, se atrofia,
confesiones hurañas, mudas,
desgarran su alma.

El temerario mirar
que de su virtud fue privado,
lacera, amedrantada, tortura;
muestra con recelo, desprecio, una insondable penumbra.

Poco resta para seguir soñando,
poco queda para seguir recordando.

La vida agoniza,
a su lado se mantiene
su devoto, confidente silencio.

Un antaño, amado geranio se marchita,
mas el dolor florece.

La muerte de un conocido se aproxima,
pavoroso es su espera,
desalmado el saber que llega.

Restan pocas,
no te compadezcas:
átalas, fúndelas a tu presencia;
memorízalas,
guárdalas, grábalas con tinta nostalgia,
como el epitafio a tu recuerdo.

Restan pocas,
preserva el mohíno titileo de su fulgor.

Restan pocas...
es mejor,
resignarse a perderlas.

Capítulo 36

Taciturno

Obscena, vulgar, profana existencia,
merecedora de desprecio,
agravios, repudio, mofas.

Fatuo, despótico, ruin,
vacuo tiempo,
digno poseedor de indiferencia,
olvido, muerte.

Agazapado, dengue, mísero,
pérfido dolor,
justa víctima del longevo sufrir,
sin piedad, consuelo, recuerdo, apremio.

Límpida, inocente, perniciosa,
humillante esperanza;
prisionera, esclava de lacerantes,
ferales, temerarias desilusiones,
realidades.

Mutilada, perdida,
cansina, parda voz onírica,
ínfima, mediocre por consagrarse única, sentirse amada;
por vanagloriarse de charlar con el silencio;
mas sus palabras ni el olvido recordará.

Vagabundo errante,
eterno caminante taciturno
de un conocido infierno ajeno.

Capítulo 37

Mar de sombras

Armonía encantadora
que duerme cálida en el apacible seno
de ese mar de sombras;
que torpe danza con el tiempo,
recreando la figura
de un posible recuerdo,
olvidado, inexistente;
cuyos tiernos susurros besan
los lánguidos, tristes, pobres, ajados consuelos,
huérfanos de marchitas, desoladas esperanzas;
de célica, bondadosa voz
que entona la dádiva melodía
que arrulla, adormece, cura.
Disuádeme, despójame del vil, plañidero tósigo
del existir.

Capítulo 38

Abandono

El lamento de un mísero llanto,
evocado, proveniente, soterrado
en la arcana tiniebla de un abismo inhumano,
pregona, propala, implora la piedad de un nombre desconocido,
extinto, olvidado;
al que ni el silencio responde,
el mismo que ni el olvido recuerda;
el bautizo de una deshonra,
la herencia infértil, abyecta,
de centenares sueños celestes.

La voz de un extraño llora,
desde la longeva profundidad de una fosa,
fecunda de laceradas memorias,
se beben las lágrimas de sus suplicios, pesares.

Sobre el, se postra, mantiene,
su esperanza, vestida con retazo de seda negra,
ojos niebla;
sobre sus brazos anidan
los geranios de una Luna prometida.

La voz profiere, con dolor vehemente,
un nombre;
su esperanza
tan sólo aspira sus mohínos suspiros.
De entre ambos florece
una mariposa de humo negro.
Emanada de los infecundos labios de ella,
como la muda palabra mortal que ensordece.

Las ocreas campanas redoblan
una lúgubre melodía;
los misioneros del silencio emprenden vuelo;
el consolador cielo,
ofrece, tributa su humilde bendición, dádiva.

El mundo se consume, esfuma,
en pos del temeroso aleteo,
de aquella mariposa de humo negro,
a cuyo nombre
jamás correspondió.

Capítulo 39

Condena

Condena lapidaria, inhumana,
la que aprisiona,
esclaviza, enferma y mata
al reloj mutilado,
cansado de esperar por esperanzas,
herido por el olvido y sus ferales desengaños;
al calendario fecundo de lagunas,
muerto en vida,
sin recuerdos de su existencia;
al invierno desterrado de su abril;
a la límpida página, profanada con deleznable palabras;
al inocente silencio, persuadido, seducido
por míseros pensamientos;
a la mirada ciega que en soledad contempla
aquel infierno:
al reloj que continúa mutilándose,
mientras vaga en los dédalos de su mediocridad;
al calendario que se consume, deshoja,
con temor, ira, tristeza,
con la cuita de encontrar
algo conocido;
a los oídos sordos que escuchan
los estridentes sollozos del reloj,
los lacerantes lamentos del calendario;
a la voz muda, plañidera, que soterra sus endeble,
funestos sueños.

Capítulo 40

Esclavos

Puedo escucharlo,
incluso escondido, refugiado
bajo el penumbroso velo
de un abrumador, consolador silencio.
Puedo sentir las mezquinas caricias
de sus ardientes lágrimas secas;
el furtivo, huraño dolor
de sus altivos, impíos sollozos,
que no imploran,
no lamentan,
no perdonan,
tan sólo odian.

El pasado llora;
su mirada triste aún otea con recelo,
ojeriza, a un desdeñoso, falaz porvenir,
ladrón vagabundo de sus azules sueños.

El pasado llora, le comprendo,
la primavera se marchitó
ante la ausencia de amor.

El pasado llora,
le rendí mi corazón
con deseo de que su latir le arrullara.

Yo lloro con palabras;
perdí mi corazón,
él es lo único que me resta.

Esclavos, míseros victimarios:
el invierno que no ama,
el silencio que siempre calla.

Capítulo 41

Te he estado perdiendo

Te he estado perdiendo,
pese a que jamás te tuve.
He comenzado a olvidarte,
aun cuando nunca te conocí.

El candoroso silencio de tu voz
se torna,
tras cada alba,
más lejano,
más extraño,
más ajeno.
Las palabras que nunca proferiste,
de mis memorias, se destiñen.

Poco recuerdo de los sueños
que no me confiaste.
Y en los últimos días,
comienza a figurar un hastío
el siquiera pensar en el final
de nuestro,
mi,
quimérico amorío.

Los días ya no mencionan tu nombre,
las noches ya no duermen contigo.

Los humildes versos
que anhelaban con enamorarte,
se han resignado a morir en soledad.

Quizá sea lo natural,
lo justo, lo correcto;
y sin embargo, lamento decirte que
te he estado perdiendo.

Capítulo 42

Adictos al sufrir

El susurro de un lascivo silencio,
seduce, acaricia, estimula, besa.

Cómo nos fue posible llegar a esto;
por qué su divina voluntad nos permitió
descender a éste infierno;
en donde el llanto de la afable dicha,
fecunda placer.

Las voces rezan,
mas sus plegarias son despreciadas.

Los paraísos arden,
se consumen,
mueren faltos de fe y esperanzas.

El jardín de los sueños se marchita.

Se contemplan los pasos de mil vidas,
mas las vísperas
han olvidado por quien esperan.

Qué atrocidad habremos cometido
para que el eterno suplicio
se nos fuese prometido;
una feral condena
en donde incluso la ausencia,
dolor engendra.

Cómo he llegado a esto,
de verme reflejado como el deleznable,
mohíno disoluto del sufrir.

El susurro de un amoroso silencio canta,
canta para mí.

Capítulo 43

Ruptura

Quedó plasmado el recuerdo
de aquel fatuo, cansino, funesto verso
en el lienzo acartonado, ceniciento,
de una voz mohína;
arrobando su vida,
hurtando sus sueños.

Siendo, por suspiros y lamentos,
su fiel convicto;
atesorando su cruel y triste canto,
que entona en compañía del silencio,
por temor a olvidarlo.

Cuán preso se es,
de ese amor no conocido;
de corazón mudo,
que todo lo malinterpreta;
de grises palabras que hieren,
y poco consuelan;
de marchita memoria
que solo la última palabra recuerda.

Capítulo 44

Levedad

Los murmullos de sus febles pasos amenazan,
mas la memoria no percibe temor,
sino se esclaviza,
por amor,
a su tristeza;
le acompaña en su pena,
un ocre, funesto,
atrofiado reloj,
de voluntades contadas,
de mil versos culposos,
con más lamentos que dichas por anécdotas.

La silenciosa charla
de sus afónicos sollozos
confiesa
la nostalgia de un corazón mal correspondido,
el llanto de cansino odio
de un resignado fracaso.

De entre las palabras
que propalan sus lágrimas,
se escucha
el escozor de una atizada esperanza.

Se acerca.
Creí estar preparado;
sin embargo,
encararlo,
es caer, de nuevo, al adicto abismo;
es volver a soñar
con todo lo que pudo haber sido.

Capítulo 45

La niña y el conejo

Afable, gentil, leda,
candorosa niña de pernicioso solaz,
de triste mirar,
consuela su penuria;
escucha su aciago, contrito piar,
acibarado por el precito tósigo del amar.

Abrázalo, niña de ojos de luna;
guarece a ese
trémulo, funesto, misérrimo conejo
de lacios, lóbregos sentimientos.

Ámalo, niña,
que el prado de su corazón,
ofuscado está
por una sempiterna tiniebla;
sus heridas remienda
con tu voz.
Confiesa a sus orejas
tus huraños sueños,
que él será leal, devoto de tu silencio.

Acarícialo, niña,
no temas,
no podrás herirlo,
hace tiempo que dejó de sentir.

¿Escuchas su latir, niña?
Es cierto;
el cielo llora;
ha muerto.

Capítulo 46

Crucifixión

No te culpo,
no te odio,
te compadezco;
la triste nobleza de tu mirar,
delata, demuestra,
lo fatua que es tu voluntad;
la dubitativa nota de tu parda,
mortecina voz,
confiesa
la inocencia de tu dolor.

No te temo,
no lloro,
no me lamento.
El desesperanzado sufrimiento
desistió
de encontrar el amor
de un célico consuelo.

La dicha ha muerto;
el cielo y el silencio
guardan luto.
Su leal fe
se arrojó al abismo
con el mohíno anhelo
de verle de nuevo.

El cansino hálito
del fantasma de mi recuerdo,
tiende de sus falsas palabras.

El otoñal corazón de un sueño se eclipsa;
la vida es seducida
por un lascivo suicidio;
la nostalgia ofrenda un letanía,
sin deseo de perdón.

La soledad embalsama un abandono.

Entre silencios y sollozos

creo comprender a Cristo
y detestar a Dios.

Capítulo 47

Tú y mis sueños

El sueño de mí
no se apiada,
ante cada luna
me ofrece la compañía de
tu neblinoso recuerdo,
tras cada alba
me arroba la dicha,
haciéndome su mísero prisionero.

Te soñé de nuevo,
eras distinta,
al igual que tras el último silencio;
permanecías
distante, ausente, fría.
Mis pensamientos
habían perdido sus rosas de celestes versos
de ofrenda.
Pronto olvidé recordar
todas las palabras
de las charlas entre
yo y tu memoria.
No sonreías,
y pese a ello,
fulguraba tu felicidad.

Ayer te soñé,
al igual que otros días;
éramos distintos,
te hablaba,
y me atendías,
sin compasiones,
sin tristezas,
como dos extraños que se olvidan.

Pensé en pedirte un milagro,
mas no deseaba se esfumara
el momento.

Ahora porfío,
discuto, con mi silencio,
respecto a mi próximo sueño;

respecto a si seré capaz de pedirte
que te marches.

Capítulo 48

Sombra

Tú, que escuchas el triste llanto
de mi silencio,
por qué me brindas el consuelo de tu soledad,
es acaso mi dolor
el canto
de la voz de algún recuerdo;
no contemplo
el infierno de la nostalgia en tu mirar.

Tú, que velas
el purgatorio de mis fantasmas,
son acaso mis lágrimas
el olvidado grito de piedad
de un sueño abandonado;
no contemplo
el fútil, perenne lamento
de una huraña culpa en tu mirar.

Tú, que en susurros rezas
por mi perdón,
no son los estigmas de mi alma,
las hirientes memorias de aquel
alegre corazón que partió;
no contemplas en mis palabras
el sufrir
por la ausencia de una esperanza;
no contemplas la oscuridad
del desolado vacío
en mi mirar.

Capítulo 49

Prisionero

Como el neblinoso susurro,
el insulso, vacuo beso,
de aquel gris, triste verso,
que implora piedad;
te he de llevar.

Como el pérfido,
nostálgico escozor,
que hundido en penumbras,
se abraza al calor
de la sombra de una plegaria;
te he de necesitar.

Como el culpable rescoldo
que por amor,
intenta perderse,
dormir,
en la pupila del vacío;
te he de olvidar.

Como el mohíno llanto
de un recuerdo abandonado,
que a la luna entristece;
te he de escuchar.

Como el pernicioso consuelo
de un huraño sueño,
que posee la soledad de tu silencio;
te he de buscar.

Como el dolor en el amor,
la melancolía en el invierno,
el cielo en el infierno,
el sufrir en la esperanza,
la ausencia en las palabras;
habrás de estar en mí.

Capítulo 50

Huraño

Habita el ápice
de esa gélida, desolada montaña;
permite que te abrace
su cálido hálito
de soledad.

Habita el silencioso,
ciego, triste fondo
del mar;
permite que tus lágrimas consuele,
que su vacío te acompañe.

Habita la ruina
de esa lúgubre memoria;
permite que su amor
no fenezca sin esperanza,
que encuentre la voz desesperada
de tu piedad.